

“ÉSTA ES LA HISTORIA DE MI NACIMIENTO”

ENTREVISTA
A PHILIPPE
LANÇON

Sobrevivir a ‘Charlie Hebdo’. El periodista francés fue una de las 11 personas que salieron con vida del atentado que conmocionó al mundo en 2015. Tras superar el trauma y la penosa recuperación médica ha escrito su experiencia en ‘El colgajo’, título que hace referencia al estado en el que quedó su mandíbula tras el tiroteo

POR MATÍAS NÉSPOLO
BARCELONA
FOTO: SANTI COGOLLUDO

Philippe Lançon (Vanves, Francia; 1963) habla de recuerdos lejanos en tercera persona, como si fueran de otro. Y en su caso la consigna de Rimbaud cobra brutal literalidad, porque lo es.

Es otro desde la mañana del 7 de enero de

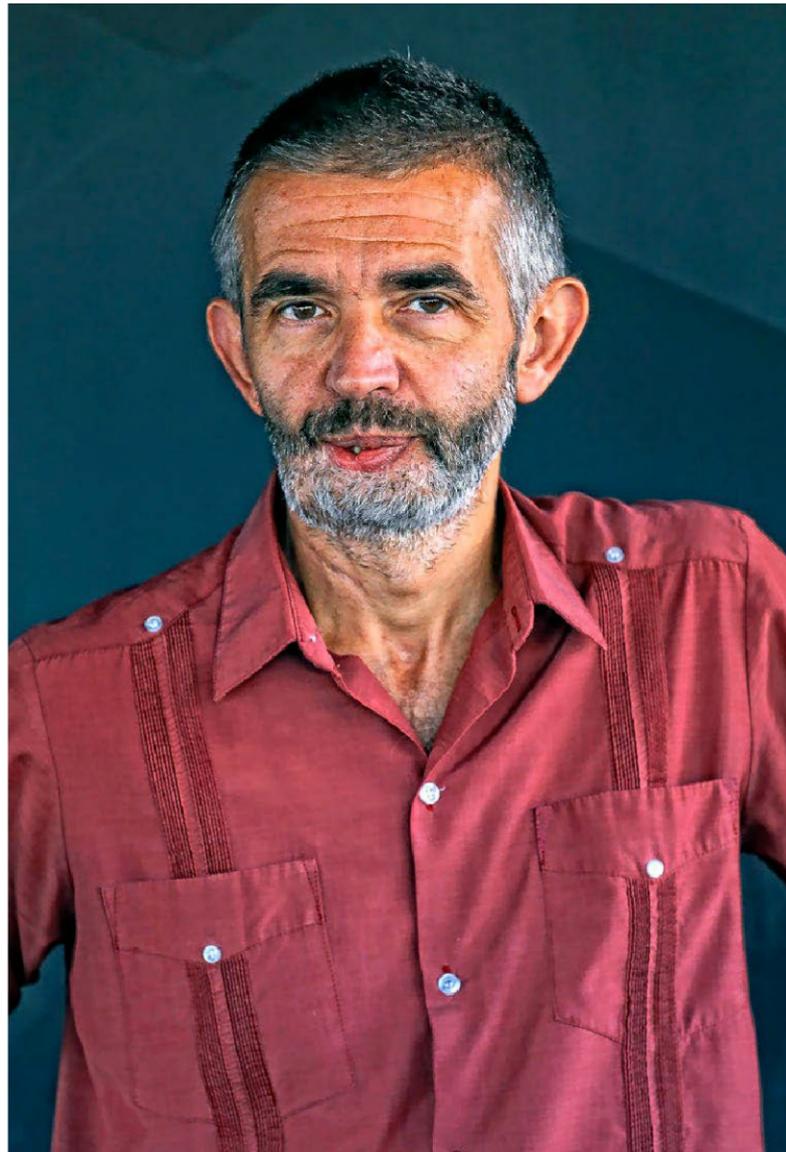
2015, cuando el azar quiso que el escritor, cronista y crítico literario dirigiera su bicicleta primero a la redacción de *Charlie Hebdo* antes que a la de *Libération*, sus dos lugares de trabajo, para sumarse a la habitual reunión de consejo de los miércoles del semanario satírico. Todo fue como de costumbre, hasta que los fusiles kaláshnikov de los hermanos Kuachi sembraron el terror. Casualmente Lançon se disponía a cambiar de vida, había aceptado una invitación de la Universidad de Princeton (EEUU) para dar clases, ya tenía el pasaje a Nueva York, donde lo esperaba Gabriela, su novia chilena. Pero lo que cambió entonces a sus 51 años fue todo.

Eso es lo que narra Lançon en *El colgajo* (Anagrama en castellano y Angle en catalán), el superviviente de la masacre de *Charlie Hebdo* que convierte en literatura íntima, sin ficción y de implacable belleza el infierno que pasó entonces y el de los nueve meses de hospitalización, curas y operaciones reconstructivas para reparar lo que se había llevada una bala: su mandíbula inferior y su boca. La obra, durísima y a la vez sutil, sin una pizca de odio ni grandilocuencia, fue publicada en Francia por Gallimard como *Le Lambeau* y se convirtió en

el libro de 2018, con más de 300.000 ejemplares vendidos, los Premios Femina y Especial Renaudot y múltiples traducciones.

Ese otro Philippe Lançon en un pasaje, lleno de tubos y cánulas y que sólo puede comunicarse con una pizarra, se sabe incapaz de emitir juicio, porque «el nervio que me unía a la facultad de juzgar parecía cortado, como el que me unía a la memoria». Un crítico literario y teatral que ya no puede juzgar ni criticar parece un contrasentido, pero eso es *El colgajo*, una valiente e íntima suspensión del juicio ante el horror. «No es el cirujano ni el fisioterapeuta ni el psicólogo ni tampoco la escritura de este libro lo que reconstruye eso, sino el tiempo», dice. «Eso es la vida, la capacidad de juzgar, burlarse, decir tonterías».

Aunque Lançon aclara que la obra no tiene nada de terapéutica, reconoce que la escritura, o mejor dicho el oficio, sí que le fue de ayuda, cuando comenzó a escribir sus crónicas para *Charlie Hebdo* desde la cama del hospital. «Tenía más de 30 años de periodismo a cuestas y eso era como una segunda naturaleza que no perdí», explica. «Aún con la morfina el periodista se dio cuenta de que estaba en una posición privilegiada para describir la vida intrahospitalaria. El gesto de escribir un artículo me



El periodista y escritor Philippe Lançon, autor de 'El colgajo', ayer en Barcelona. SANTI COGOLLUDO



Un herido es evacuado tras el atentado en 'Charlie Hebdo'. AFP

devolvía a lo ordinario del oficio en un mundo extraordinario, en el que aún sigo instalado», confiesa.

Con ese precedente se aventuró con *El colgajo*, entre junio y diciembre de 2017. «Digo que es la

historia de mi nacimiento, lo que sucede es que en mi cuna había desde siempre textos, música e imágenes», dice sobre las referencias culturales, desde Pascal o Proust a Bill Evans o Chet Baker. «No hay una línea de crítico, están ahí tal página

de Kafka o tal momento de las *Variaciones Goldberg* de Bach como acto de vida», aclara. La vida del «herido de guerra», como lo definirían muchos, comenzando por el bombero que ayudó a los sanitarios a rescatarlo entre los cadáveres. Expresión que aún hoy genera un cortocircuito en la sociedad francesa. «La palabra designó la violencia del acto, le dio nombre a una entidad, porque había una guerra ahí en el centro pacífico de París, entre las calles de la Bastille y de la République, los dos símbolos de la Revolución y de la República», explica, y va más allá, metiendo el dedo en la una llaga grande y absurda como la que tenía en su cara. «Aunque a muchos no les guste, esos

“Estaba en el suelo, boca abajo, los ojos todavía abiertos cuando oí el ruido de las balas salir por completo de la inocentada, de la infancia, del dibujo, y acercarse al arcón o al sueño en el que me encontraba. No hubo ráfagas. El que se movía hacia el fondo de la sala y hacia mí disparaba una bala y decía: “¡Allahu Akbar!” [Alá es más grande]. Disparaba otra bala y repetía: “¡Allahu Akbar!” ...

EXTRACTOS
DEL
LIBRO
‘EL COLGAJO’

dos pobres asesinos eran hijos de la República Francesa, eran el pueblo».

Entender eso era el desafío que planteaba Lançon con la «novela», porque no duda en llamar novela sin ficción a su testimonio, «y que el lector entendiera mi estado de alma», dice. ¿Y qué hay del odio o del rencor? «No, nunca. Lo que sí sentí fue enfado con una parte de la izquierda francesa que intentaba explicar con la teoría del reflejo de Marx a estos jóvenes islamistas como hijos de árabes maltratados bajo un racismo de Estado. Puede que sea verdad, pero en ese momento sólo demostró la falta de tacto y el sucio orgullo de estos intelectuales de izquierda», fustiga. «Este tipo de acontecimientos debería enseñarnos a todos un poco de modestia».

Lançon ya no rompe en llanto cada vez que nombra a sus compañeros asesinados, maestros de las viñetas como Charb, Cabu o Tignous, pero las heridas están lejos de cicatrizar, como aún queda lejos la reconstrucción completa de su rostro. «Me sentía más cerca de Wólinski, pero compartir los dos últimos minutos de todos ellos los convierte en mis compañeros íntimos para siempre». «Me sentía más cerca de Bernard Maris cientos de veces, pero ninguna de ellas tiene la fuerza de la última imagen», confiesa,

“COMPARTIR LOS ÚLTIMOS
MINUTOS DE MIS AMIGOS
LOS CONVIERTE EN MIS
COMPAÑEROS ÍNTIMOS
PARA SIEMPRE”

recordando sus sesos esparcidos a centímetros de su propio charco de sangre. Y la «gran paradoja» del terror incomprensible, es que en lugar de acallar al semanario satírico, lo salvó de la ruina financiera. «Sin el atentado, no sé si viviría hoy *Charlie*», reconoce. «Matar a la mitad de

nosotros nos dio fama momentánea y un estatus de símbolos que nos permitió sobrevivir», añade, citando «el humor negro de la vida: una prueba más de la razón de ser de *Charlie*». Y cuidado porque ese mismo humor ácido se aplica a sí mismo Lançon, al recordar cómo buscaba su tarjeta de la seguridad social cuando lo trasladaban al quirófano, con la cara destrozada y al borde la muerte. «El buen ciudadano burgués sobrevive a todo», ríe.

El elocuente título remite a la técnica quirúrgica de reconstruir una parte con otra del cuerpo: Lançon lleva parte de su peroné en la quijada. Pero también en plural es una expresión coloquial de estar «hecho pedazos» (*je suis en lambeaux*). «Quería relegar esta sombra de patetismo a un segundo lugar, y contar sólo la historia de la reconstrucción sin dar lecciones de política ni filosóficas», aclara, «porque todos somos víctimas, hasta mi cirujana». Pero «la técnica de reconstrucción en lo político y social no funciona para nada», advierte. «No se si va a ocurrir algo semejante, pero no veo razones para que no se repita».

«Lo sabemos en *Charlie*, porque recibimos amenazas a diario de los que quieren acabar el trabajo», revela. No en vano la sede del semanario hoy es confidencial, e incluso cuenta en sus

instalaciones con «un búnker para sobrevivir varios días». «Con la aparición del terrible concepto de respeto, ni siquiera hoy la izquierda entiende el

humor satírico y no sabe cómo reaccionar, porque quien lo censura ahora no son los poderes del Estado, sino la violencia que viene de abajo, de los hijos del pueblo», concluye con la esperanza de conocer quién le lavó la cabeza a esos jóvenes en el juicio que se celebrará en 2020.

...Con estas palabras, la impresión de estar viviendo una inocentada volvió una última vez para sobreponerse a la de vivir ese algo que me había hecho ver y rever a Franck [el guardaespaldas de Charb] desenfundar el arma apenas unos segundos antes, apenas unos segundos pero ya muchos más, porque el tiempo se hacía trizas a cada paso, a cada bala, a cada «¡Allahu Akbar!», y el segundo siguiente ahuyentaba al anterior y lo mandaba a un pasado remoto e incluso mucho más allá, a un mundo que había dejado de existir.

...
Mi cuerpo estaba en el estrecho paso que quedaba entre la mesa de reuniones y la pared del fondo; tenía la cabeza vuelta hacia la izquierda. Abrí un ojo y vi aparecer al otro lado, debajo de la mesa, cerca del cuerpo de Bernard [Maris] dos piernas negras y el extremo de un fusil que,

más que moverse, flotaban. Cerré los ojos y al cabo volví a abrirlos como un niño que cree que nadie lo verá si se hace el muerto; porque me hacía el muerto. Era el niño que había sido, volvía a serlo, jugaba a hacerme el indio muerto mientras me decía que quizá el dueño de las piernas negras no me vería o me creería muerto, mientras me decía también que me iba a ver y a matar. Esperaba al mismo tiempo la invisibilidad y el golpe de gracia, dos formas de la desaparición. Aunque me creía a salvo de cualquier rasguño. Sin embargo, estaba herido, lo suficientemente inmóvil y con la cabeza bañada probablemente en suficiente sangre como para que el asesino, al cercarse, no juzgara necesario rematarme.

...
Era como en Racine, cuando Atalia suona que su madre se

inclina sobre ella para compadecerla: «Su sombra a mi lecho pareció descender; / y yo le tendía las manos para abrazarla. / Pero no hallé más que una horrible mezcla / de huesos rotos y carne magullada, arrastrados por el fango, / colgajos llenos de sangre, y miembros asquerosos/ que los perros voraces se disputaban entre ellos». Después de salir del hospital, gente a la que no conocía, a menudo comerciantes, me preguntaba qué me había pasado. «Un accidente», respondía yo. Era demasiado vago para ellos. Muchos, creyendo que sabían la respuesta correcta, me decía: «Le ha mordido un perro, ¿no?». Les contestaba que sí. Contestaba siempre que sí a las hipótesis que me lanzaban, eso tranquilizaba a quien la hacía, pero la de los perros voraces terminó gustándome más que las

otras, sobre todo porque era verosímil. La hipótesis correcta no apareció jamás.

...
Aquellos días me di cuenta de cómo un periódico como ‘Charlie’ formaba parte del contrato social francés –o de lo que quedaba, para ser más exactos-. La mayoría de la gente no habría suscrito nunca este contrato si se lo hubieran dado; pero no era imprescindible firmarlo para disfrutar de él, incluso sin querer. Bastaba con respirar el aire en el que su tinta se había secado desde hacía tiempo. No era el aire del que dirán, ni siquiera el de la agudeza o la competencia. Era el aire de la farsa y de la falta de respeto, el aire que ponía a todo el mundo en estado de despreocupación y de espíritu crítico.

...
Un día, en septiembre, entré en hora punta en la línea I3 [del metro]. Planté mi colgajo en las narices de los pasajeros, y en seguida aprendí a mirar otra parte mientras ellos me miraban, a estar presente pero ausente a la vez. En una estación subió un chico árabe. Tenía mala pinta, la gorra bien calada en la cabeza. Se sentó en uno de los asientos plegables. Sólo quedaba un asiento libre en el vagón, a su lado, pero nadie lo ocupaba, ni yo ni los demás. Y eso que estaba cansado. Pero algo dentro de mí no quería instalar mi colgajo, mi fragilidad, mis últimos nueve meses a su lado. El chico iba lanzando miradas agresivas a diestra y siniestra, como para comprobar el efecto que producía: «Procuró ser exactamente ese que creéis, y aún soy peor porque es lo que queréis». Su aspecto, mi fragilidad, la falsa indiferencia de los pasajeros, todo ello me puso más triste de lo que hubiera podido imaginar. Bajó antes que yo.